

# GÉNESIS

PATRICK ERICSON



**Colección:** Narrativa Nowtilus  
www.nowtilus.com

**Título:** Génesis  
**Autor:** © Patrick Ericson

Copyright de la presente edición © 2008 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
www.nowtilus.com

**Editor:** Santos Rodríguez  
**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró  
**Diseño del interior de la colección:** JLTV  
**Maquetación:** Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN 13:** 978-84-9763-527-1  
**Fecha de publicación:** Septiembre 2008

**Printed in Spain**  
**Imprime:** Gráficas Díaz Tuduri S.L.  
**Depósito legal:**

# ÍNDICE

La tormenta .....	13
Totó y Petit Ours .....	23
El endriago .....	29
La huida .....	37
Las campesinas.....	45
El conde de Vadier.....	51
El prostíbulo .....	57
André Saint-Clair .....	65
La presentación.....	69
Gustave Marais .....	77
Una extraña experiencia .....	81
La conversación.....	85
La primera vez .....	87
El caballero d'Éon .....	95
Los Rosacruces.....	101
La carta .....	105
De vuelta al lupanar .....	107
Lucette .....	113
Los marqueses de la Roche .....	117
La segunda entrega .....	125

Un nuevo crimen.....	129
Justine, la loca.....	133
El conde de Saint-Germain .....	137
La vieja Charity .....	141
Papilión.....	147
La Viande Savoreux.....	155
Cambio de sexo .....	159
La reunión .....	163
Lía de Beaumont .....	169
Intimidades.....	173
La visita.....	175
El rey y la reina .....	185
Nôtre-Dame.....	189
La verdad .....	195
La cuarta entrega.....	201
El desayuno.....	209
El asesino .....	215
La cena.....	217
El interrogatorio .....	221
Un viaje al sur de Francia .....	229
En casa de Lía.....	237
El incendio.....	245
Totó .....	249
El gigante.....	253
Las catacumbas .....	257
Un pensamiento filosófico.....	259
El caballero Lebrun .....	269
Marais exige explicaciones.....	273
Los hermanos Rimbaud .....	277
Los preparativos.....	281
El aviso.....	285
El establo.....	289
Parada en Carcassonne .....	295
Tras las huellas .....	303
El simulacro .....	307

El enigma Lebrun .....	317
El resto de los grabados .....	321
La sombra de la muerte .....	335
Marais en Rennes-le-Château.....	341
El acecho.....	347
El proceso .....	351
El escondite.....	357
La muerte de Totó .....	361
Silencio .....	367
El significado del proceso .....	371
La despedida .....	381
Las viejas leyendas .....	385
Epílogo .....	389
Comentarios del autor .....	393

DEL LIBRO DE HERMES TRIMEGISTO

—¿Cómo dices que Dios posee los dos  
sexos, oh, Trimegisto?

—Sí, Asclepio, y no solo Dios, sino  
todos los seres animales y vegetales.

Al principio unimos, después corrompemos,  
disolvemos lo que ha sido corrompido,  
purificamos lo que ha sido disuelto,  
reunimos lo que ha sido purificado y  
lo solidificamos. De esa forma, el hombre  
y la mujer devienen en uno.

(Breve tratado de la piedra filosofal, 1778)

## XV

# LOS ROSACRUCES

**H**acía casi diez años que no visitaba a su vieja amiga Marie de Hautpoul, marquesa de Blanchefort, quien pertenecía a una noble y antigua familia de la nigromántica región del Languedoc, y cuyo antepasado directo ostentó el título de maestre templario. Se la relacionaba con la Fraternidad Filosófica de los Rosacruces, una logia de iniciados que sostenían ser los depositarios del secreto universal que envuelve al hombre desde su creación. Su biblioteca era una de las más pródigas del país. Y era, entre las páginas de sus numerosísimos libros, donde esperaba encontrar una respuesta satisfactoria al enigma.

Fue recibido por un criado de rutilante librea con brocados en oro y plata. Tras hacerle esperar un instante en el vestíbulo, tiempo que aprovechó para admirar el decorado, vio venir a otro lacayo que le condujo a un gabinete que había junto al jardín. Sentada frente a una mesa, en compañía de sus gatos, la marquesa de Blanchefort se disponía a degustar una infusión de hierbas aromáticas tras haber desayunado frugalmente. No se sorprendió en absoluto de volver a ver al caballero d'Éon.

—Luego es verdad que has regresado... —Fueron sus primeras palabras de bienvenida—. Jamás te creí con tanto valor.

Se refería a los incidentes que provocaron su marcha a Londres. No solo viajó por orden del rey como secretario de su embajada, también se vio forzado a dejar París debido a los insistentes rumores sobre su paralelismo sexual.

—Los ingleses no difieren de nosotros, aunque son mucho más aburridos. Echaba de menos el ambiente dicharachero de París.

El fámulo se marchó tras hacer una leve reverencia, llevándose consigo la bandeja con los restos del ágape de su ama.

—¡Vamos, siéntate a mi lado! —Marie le hizo un elocuente gesto, indicándole una poltrona de estilo rococó que había junto a la puerta—. Hace mucho que no hablamos, y bastante más que nadie viene a visitarme... Necesito que me cuentes cómo te ha ido en la Corte de esos estirados petimetres; así podré mitigar el cansancio de las horas iguales y aburridas.

Charles tomó asiento junto a la marquesa. Luego aceptó el ofrecimiento de beber una copita de jerez en su compañía. Pero antes de que se viera asaltado por una serie de insubstanciales preguntas sobre las costumbres de sus eternos enemigos de la isla Británica, sacó del bolsillo de su levita los pergaminos enrollados, extendiéndolos sobre la mesa.

—¿Puedes ayudarme con esto? —quiso saber sin circunloquios.

La anciana, circunspecta, observó en silencio los grabados. A continuación exhaló una bocanada de aire de forma fluctuante, dudando entre contestar o sencillamente fingir ignorancia.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó al fin tras un pesado silencio.

—Me los entregó un mendigo al pasar frente al convento de Saint-Merri.

—Descríbeme su apariencia... —le instó ella con mano temblorosa—. Dime cómo iba vestido y todo eso. Ya sabes...

Le hizo un breve resumen de lo acaecido esa misma mañana, proporcionándole una descripción exacta del desaliñado individuo, y repitiendo una a una sus palabras. La mar-

quesa asentía a todo con ademán especulativo de su arrugado rostro, intentando vislumbrar la escena en su expedito cerebro. Finalizado el relato, esbozó una sonrisa que inquietó bastante a Charles de Beaumont.

—Deberías sentirte dichoso, pues eres uno de los elegidos.  
—Acariciando el mentón de su invitado, Marie de Hautpoul sintió emocionarse.

—Podrías ser más terminante en tu juicio, y explicarme de qué va todo esto.

—Tus ruegos no pueden promover mi elocuencia. Mira... Soy demasiado vieja como para sentir lástima. Pero quizá pueda, descifrando los textos, cooperar en lo posible para seas capaz de averiguarlo por ti mismo.

Apartando con suavidad a uno de los melosos gatos que se frotaba contra su regazo, se inclinó hacia delante para coger el primero de los dibujos.

—Esta es la fuente de la vida, conocida como la fuente de la alquimia... —Señaló el centro del grabado con un índice—. En el borde puede leerse: «El Mercurio mineral, el Mercurio vegetal y el Mercurio animal es todo uno.» He aquí que de los surtidores fluyen la leche virginal, el vinagre fuerte y el agua de vida... —Tosió unos instantes antes de continuar—: Luego tenemos las cuatro estrellas de seis puntas colocadas estratégicamente en los extremos de dos columnas de humo que se elevan hacia lo alto. Dos de estos astros serán devorados por el dragón de dos cabezas, bajo el cual observamos una quinta estrella entre el Sol y la Luna... —Cogió entonces el otro pergamino, y lo señaló con una inclinación de cabeza—. En este podemos ver como se inicia la unión filosófica de los dos elementos primordiales: el rey y la reina, los principios opuestos del alma... también llamados Capricus y Beia... Como elemento mediador se nos muestra el Agua Caótica, oculta tras el símbolo de la paloma. El rey, situado sobre el Sol, agarra la mano izquierda de la reina, de pie sobre la Luna... símbolo femenino. Ambos sujetan en sus manos diestras una rama con hojas que se entrecru-

## XXXIX

### EL INTERROGATORIO

**G**ustave Marais entró en la habitación en compañía de Deverly y la vieja matrona, y tras intercambiar los pertinentes saludos de cortesía tomó asiento en uno de los sillones del dormitorio; Papilión lo hizo frente a él. El resto les imitó, sentándose Lía de Beaumont en la cama, y las otras dos mujeres en las sillas que circundaban la mesa. Todo se llevó a cabo en el más estricto silencio. Pretendían que la entrevista pasara desapercibida para el resto de los miembros de la casa.

—Debes escuchar bien lo que voy a decirte y responder sinceramente a todas mis preguntas. —Gustave trató de ser lo más amable posible, hablando en un tono de voz asaz moderado—. Si es así, no volveré a molestarte. Te doy mi palabra.

—Os diré toda la verdad —dijo la joven, mirándole con denotada inquietud.

—En primer lugar, me gustaría saber los motivos que tenía Asmodeus para venir a verte... al margen de los que ya todos sabemos, claro está.

Marais se sintió un tanto azorado por la naturaleza de la pregunta, necesaria en todo caso al formar parte del procedimiento rutinario del interrogatorio.

—Asmodeus era un joven muy especial... —comenzó diciendo Papilión—. Poseía ciertas cualidades que no ostentan todos los hombres. Era sensible, aunque un poco engreído, algo fácil de perdonar a las personas que por su condición han aprendido a mantenerse por encima de los menos agraciados. Pero como he dicho, era un ser bastante emotivo, un hombre puro... virtudes que fueron decisivas a la hora de ser uno de los presuntos elegidos.

—¿Qué quieres decir con eso de «elegidos»? —el policía encontró interesantes sus palabras.

Papilión ladeó su cabeza buscando los ojos de Charles, y tal vez su aprobación de si debía contestar o no a esa incisiva pregunta. Al darse cuenta de que era imposible la comunicación, optó por responder según su propio criterio.

—No lo entenderíais... —le dijo con lentitud—. Primero debo hablaros de él.

—Continúa.

Él dejó que se manifestase a su antojo, sin presionarla.

—Asmodeus acudía a su cita semanal porque así lo decretó mi mentor —admitió Papilión con voz queda—. En la primera visita fuimos presentados, y estuvimos charlando durante horas, conociéndonos un poco más a fondo con el fin de fraternizar. En los siguientes encuentros nos dedicamos a estudiar ciertos manuscritos antiguos que hablan de un proceso de regeneración capaz de convertir al hombre en un ser supremo. En la última entrevista nos entregamos espiritualmente, es decir, llevamos a cabo la unión sagrada... la hierogamia de los alquimistas, ya que formaba parte del ritual. Pero su inesperada muerte dejó el proceso sin concluir. Nunca sabremos si realmente era el elegido... En cuanto a definir el término «elegido», os juro que no lo sé con certeza. Mi protector, el príncipe Rákóczy, nacido en la región de Transilvania, ahora bajo la tutela de Austria y Hungría, es el único que conoce los entresijos de la transformación. Nosotros nos limitábamos a interpretar los grabados y llevarlos a la práctica.

—Si os sirve de algo mi ayuda, creo saber de qué está hablando —Lía de Beaumont se atrevió a intervenir en el interrogatorio.

Gustave la miró intrigado. Hasta entonces no se había fijado mucho en aquella mujer, a pesar de que Charity le había hablado de una dama que compartía la buhardilla con la joven, aunque no le dijo el motivo por el que estaba allí. A pesar de su recelo, la invitó a hablar con un gesto de su mano zurda.

—Por lo que he oído, me parece reconocer el texto descrito por la muchacha. Se trata del *Rosarium Philosophorum*, un libro de alquimia que describe los pasos a seguir para convocar una ceremonia relacionada con la iluminación del espíritu. A mi parecer, lo utilizan las logias masónicas y la Fraternidad de los Rosacruces. Siempre he pensado que se trataba de una tontería, un entretenimiento más de la nobleza.

La explicación no le satisfizo del todo a Marais, pero no tuvo más remedio que aceptar sus argumentos. El que detrás de los crímenes se encontrara una orden esotérica, no hizo sino complicar las cosas. La mayoría de los adeptos pertenecían a un rango social al que le era imposible acercarse.

—Háblame del conde de Biron... —volvió a encarar a Papilión—. ¿Era otro de los elegidos?

La joven evitó la mirada inquisitiva de la matrona, quien a pesar de concertar la cita de esa noche a espaldas de su ama aún le guardaba cierto respeto.

—El caballero Saint-Clair era un amigo de madre, alguien muy especial para ella. Consentí recibirlo en mi alcoba porque me vi obligada a hacerlo. No lo conocía de nada, ni era del círculo de amigos de mi mentor.

—De acuerdo, te era indiferente —puntualizó el agente de la Ley con harta paciencia al comprender lo difícil que le iba a resultar el interrogatorio—. Pero... ¿qué me dices del Diablo de la Inocencia?

La interrogada no pudo evitar sonrojarse al escuchar la pregunta, mirando por encima del hombro del policía con el

propósito de reprocharles a Deverly y a la matrona su indiscreción.

—Será mejor que me mires a mí, y que respondas la pregunta... —Gustave se inclinó hacia delante para tomarle la mano, transmitiéndole confianza—. Dime, ¿quién es en realidad ese hombre?

—Si os han contado mi historia, sabréis que lleva años protegiéndome. No podría deciros cómo es, ni cuál es su verdadero nombre, puesto que nunca se ha atrevido a hablar conmigo... —Torció el gesto—. Sé que para vos es un asesino; pero para mí es un ángel custodio.

—¿Tienes idea de por qué lo hace... la causa que le lleva a erigirse tu defensor?

—No estoy segura, pero a veces pienso que se trata de alguien relacionado con mi familia. Es como la primera página del libro de mi vida, un comienzo que desconozco pero que está íntimamente ligado al resto de la historia. En todo caso, él me conoce a mí más que yo a él.

—¡Está bien! —exclamó el policía, impaciente—. Volvamos al principio. Dime lo que sepas de ese supuesto príncipe de Transilvania que practica el ocultismo... —Estaba dispuesto a hacerla hablar hasta que encontrara un nexo de unión entre las muertes—. Y sobre todo, haz memoria, e indícame dónde puedo encontrarle.

—Si fuera él mismo quien tuviera que responder, os diría que en cualquier lugar... —Papilión se echó a reír—. Se jacta de viajar de un país a otro en cuestión de segundos, de conocer todas las culturas, de poseer las mayores riquezas del mundo, y también de estar vivo desde el principio de los tiempos... —Se mordió el labio inferior—. Sé que todo esto suena fantástico y presuntuoso, pero lo cierto es que impresionó al mismísimo rey de Francia y a su Corte con sus maravillas al demostrarles que podía transformar el metal en oro. Hablan que posee poderes sobrenaturales... Os diré que salvó de una muerte segura a una amiga de Madame de Pompadour que se había envenenado al

probar una de las setas más peligrosas, y lo hizo usando uno de sus líquidos mágicos... Pero lo que le hace aún más enigmático es que nadie le ha visto probar bocado o beber, ni tan siquiera agua. Y eso que ha sido invitado a la mesa de los mejores palacios de Europa. Esto es lo que me contaron algunos de sus criados. Yo, personalmente, no puedo atestiguar ni desmentir nada.

Charles relacionó de inmediato al legendario conde de Saint-Germain con el príncipe Rákóczy, aunque guardó silencio por prudencia. Entrometerse hubiera sido nefasto. No obstante, decidió intervenir afianzando su teoría de que la joven había sido víctima de un grupo de metafísicos sin escrúpulos.

—¡Ya veis! —Lía de Beaumont exhaló un significativo suspiro, dando a entender que estaban cansadas—. Debe de tratarse de un charlatán de feria que nada tiene que ver con lo que andáis buscando. La joven ha contestado a todas vuestras preguntas, y es obvio que la locura de ese criminal que buscáis es ajena a la vida de esta joven y a la de esos chiflados taumaturgicos.

—No es suficiente. Necesito que me diga cualquier cosa; algo que pueda ayudarme a solucionar el caso.

—Sé que es vuestro deber, pero podíamos seguir esta conversación otro día. Ya es demasiado tarde.

En su fuero interno Marais reconoció que no eran horas para un interrogatorio, y sin embargo lo intentó de nuevo.

—Una última pregunta y acabamos... ¿Te dijo tu mentor en qué consistía ese proceso del que has hablado, o por lo menos el por qué debías mantener relaciones con Asmodeus?

—Debíamos imitar las imágenes reproducidas en los pergaminos, al margen de interpretarlas... —En ningún momento habló Papilión de sexo, aunque todos creyeran lo contrario—. El elegido, él en este caso, representaba al rey y al Sol... Yo representaba a la reina y a la Luna. Y al igual que en los dibujos, ambos debíamos entregarnos hasta que nuestros cuerpos acabaran fundiéndose en uno solo.

—¿Eso es todo? —inquirió el policía, muy ceñudo.

## XLVII

### EL CABALLERO LEBRUN

—**H**emos de hablar. Necesito que me cuentes lo ocurrido anoche. —Charles la observaba desde la chimenea, con expresión inflexible.

La doncella se apresuró a llevarse la bandeja con lo que había quedado del desayuno, marchándose del dormitorio antes de que el amo le apremiara a hacerlo. Una vez a solas, Papilión apartó las sábanas para sentarse en el borde de la cama con los pies en el suelo.

—Anoche sucedieron demasiadas cosas... —Percibió la voz a través de la cortina de sus cabellos—. En realidad, esto es solo el principio.

—Me parece que vamos a tener que inventar algo nuevo para convencer a Marais. Le tengo abajo, esperando una respuesta. Quiere saber de qué hablasteis.

Ella guardó silencio. Las venas de su cerebro parecían querer estallarle dentro de la cabeza. Superó la molestia incorporándose del todo para ir hacia un pequeño lavador que había junto a la ventana, donde refrescó su rostro con el agua tibia del lavamanos. Charles le entregó una toalla limpia, gesto que fue recom-

pensado con un discreto susurro de agradecimiento. Luego le confesó a media voz:

—Se llama Totó... Vuestro asesino se llama Totó... Es como un niño que apenas sabe distinguir entre lo que está bien o lo que está mal... —Entonces se dio la vuelta para mirarle a los ojos—. Él solo ha intentado protegerme del oportunismo de la gente. Y si ha tenido que matar para lograrlo, es porque alguien le enseñó hace tiempo que es el único lenguaje que conoce el hombre.

—Habrá un motivo, supongo.

—Se lo prometió a mi madre antes de que la asesinaran un hatajo de criminales, los mismos que estaban dispuestos a sacrificarme por ser distinta, a pesar de ser un bebé... ¿Comprendes ahora por qué es tan violento?

—El fin no justifica los medios —le recordó él, como buen jurista que era—. Y en el fondo, no deja de ser un fanático peligroso.

La joven suspiró abatida. Tenía razón, ya que excusarle era absurdo, pero estaba en deuda con el bueno de Totó, y no encontró otro medio de disculpar su conducta.

—No sé cómo explicártelo... —Titubeó antes de continuar—. Yo no trato de defender lo que hizo, pero estamos hablando de un retrasado mental y es ridículo atribuirle responsabilidades que no están a su altura, y menos cuando lo único que ha recibido a cambio de su cariño fue que asesinaran a su amigo y que le hirieran en la espalda. ¿Y sabes que más me dijo? Me contó que lo enterraron vivo... ¿Te parece eso humano?

Papilión le devolvió la toalla con un gesto airado, yendo en busca de su ropa.

—Si eso es cierto, ¿cómo es que aún sigue con vida?

El anfitrión no terminaba de creerse aquella historia.

—Una parte de mí le animó a salir de la tumba, la misma esencia que ha estado alimentando su odio con el fin de protegerme.

Charles recordó la transformación de su rostro y el tono de su voz tras poner en fuga al criminal. Aquello le resultaba cada vez más siniestro y, además, fuera de toda lógica.

—¿Te refieres a tu lado masculino? —preguntó al fin, llevado por la intuición—. ¿Es él quien te domina a veces... el que suplanta tu personalidad?

—No lo comprenderías... —La joven se apartó a un lado.

—Si hay alguien que pueda entender lo que te ocurre, esa persona soy yo... ¿O acaso has olvidado que somos casi iguales?

Papilión se reprochó el haber sido tan dura. Ciertamente, solo él podía comprender su auténtica maldición.

—De acuerdo, hablaré por tercera y última vez con Marais. Pero has de prometerme dos cosas. Primero, que después de que se haya marchado saldremos de viaje a un lugar donde nadie nos encuentre. Segundo, que antes de bajar te enfrentes a la parte de mí que no conoces, pero con la que has de familiarizarte antes de que se inicie la fase final del proceso.

—Acepto... —Él se comprometió con expresión grave, sin valorar las consecuencias de todo aquello—. Aunque me gustaría saber si vas a seguir estando ahí... después de que te marches —concluyó ceñudo.

—Yo siempre estoy ahí.

Satisfecho con la respuesta, el dueño de la casa se armó de valor antes de plantar cara al lado masculino de Papilión, ese oscuro personaje que a partir de entonces recordaría como el caballero Le Brun.

## XLVIII

### MARAIS EXIGE EXPLICACIONES

**G**ustave Marais se levantó del sillón nada más se abrieron las puertas del gabinete. Patrick, que desde la noche anterior no había dejado solo en ningún momento al teniente, reaccionó con torpeza debido a la vigilia y a la falta de sueño, y casi pierde el equilibrio al ponerse en pie. En todo caso, Charles de Beaumont y su invitada entraron cogidos del brazo, pero con el talante decaído, o más bien ceremonioso.

El oficial de Policía se dio cuenta de un pequeño detalle que llamó su atención: el rostro del caballero estaba completamente pálido, y las pupilas de sus ojos retenían cierto temor irracional que asoció con el desaliento de los condenados a muerte. En cambio la joven, a pesar de la sencillez que transmitía su imagen al caminar, se la notaba segura de sí misma, incluso provocativa. Era un cuadro contradictorio en el que se fundían rigor y ambivalencia de ánimos; la firmeza de la mujer ante la inseguridad del varón.

Aquello no era lógico. Y así lo creyó Gustave.

—Será mejor que os sentéis —dijo Papilión con un tono de voz autoritario—. Cuando antes acabemos, mejor.

A una indicación de Charles, la joven tomó asiento en el sofá. Él lo hizo a su lado.

—Supongo que sabes la importancia que tienen tus palabras. —Marais prefirió hablar sin tapujos—. Debes contarme todo lo que te haya dicho ese monstruo, sin ocultarme nada.

—¿De verdad os interesa conocer su historia? —La pregunta escondía cierto sarcasmo.

En nada se parecía a la tímida joven que conociera en el afamado prostíbulo.

—No se trata de un ruego, sino de una imposición de carácter judicial. —La joven podía ser impertinente, pero sus arrestos siempre le precedieron en el Châtelet—. Te recuerdo que si te niegas puedo enviarte al manicomio de Bicêtre con solo firmar una orden.

A Charles le era imposible intervenir. Aún no se había repuesto de la impresión de haber conocido el lado masculino de su pupila. En realidad, apenas podía pensar en otra cosa.

Papilón, que había cambiado de actitud al escuchar la amenaza del policía y ahora se mostraba más serena y menos arrogante, asintió con la cabeza. Oponer resistencia no era la mejor vía de diálogo.

—Decidme, teniente... ¿qué deseáis saber? —arrojó su pregunta, dispuesta a colaborar.

—Todo, desde el principio. Quiero saber quién es ese loco, por qué asesina... y sobre todo, necesito que me digas dónde se esconde.

Ella se vio obligada a repetir, palabra por palabra, la conversación que mantuvo con Totó la otra noche. Le contó lo de la promesa que le hiciera a su madre antes de morir, su huida en compañía de un enano amigo suyo, y la posterior traición de unas mujeres que les pagaron con la muerte tras haberles salvado la vida. Le hizo una descripción exacta, pues así lo escuchó del gigante, de cómo lo ensartaron por la espalda como a un animal a sacrificar, para luego enterrarlo en vida. No se olvidó del detalle de su insólita resurrección gracias al deseo de sobrevivir. Le habló de su locura, de su odio, pero también de su lado más humano e inocente. Y para terminar, le advirtió que lo

mejor sería olvidarlo, pues ella misma iba a abandonar París para siempre llevándose consigo la maldición.

Marais se quedó pensativo unos segundos.

—Es suficiente... —dijo al fin—. Ya no tendré que molestarte más.

Se levantó convencido, y tras despedirse formalmente del caballero d'Éon y su invitada, abandonó el gabinete en compañía de Patrick.

Tanto a Charles como a Papilión les resultó extraño que el tenaz policía se marchara con su ayudante sin hacerles más preguntas.